

## EXORDIO

Con el título de *El Ecosistema Informativo* publiqué el año 1974, en la entonces colección Cuadernos de trabajo de Periodismo de Ediciones Universidad de Navarra, mi primer libro académico dedicado al estudio todavía incipiente del fenómeno de la comunicación de masas.

La palabra elegida, ecosistema, no dejaba de ser inédita en este campo teórico e incluso sorprendente, dada su etimología y uso lingüístico habitual. Según el Diccionario de la Lengua Española, hacía referencia a la «Comunidad de los seres vivos cuyos procesos vitales se relacionan entre sí y se desarrollan en función de los factores físicos de un mismo ambiente.» Obviamente el vocablo poco parecía tener en común con el estudio el oficio periodístico.

Sin embargo, reflexionando sobre el título que deseaba poner a mi libro, donde se trataba del conjunto de autores, medios, mensajes y audiencias que articulan el diálogo informativo y la coexistencia social, entendiendo al hombre como ser de expresión en un mismo ambiente, se me ocurrió adoptar el concepto ecosistema desde la ecología al periodismo.

La sugerencia partió de mi mujer, que es bióloga y compartió la idea de ver a los medios de comunicación como seres vivos que se relacionan en un ámbito natural y social.

Estas líneas introductorias al curioso e imaginado manuscrito de Kant, titulado *Crítica de la Razón Comunicativa*, que constituye el cuerpo libresco del presente volumen, las estoy redactando a mediados del mes de octubre del año 2020. Han pasado por lo tanto muchas cosechas, como decían los incas, desde la publicación del *Ecosistema Informativo*. Si no me equivoco, 46 cosechas.

Por cierto, la osada idea de recurrir al vocablo ecológico ha hecho fortuna y ahora se emplea como duende travieso en los más variados textos, escritos o audiovisuales, con toda naturalidad, aplicandose a multitud de temas y saberes.

Durante este periodo de tiempo, he ido publicando libros y artículos de muy diverso porte y hechura sobre el complejo ámbito narrativo y conceptual del quehacer periodístico. Destacaré entre otros *El Tsunami informativo. Panorama comunicativo del siglo XXI*, editado en 2006 y *El rapto del periodismo*, más reciente, en 2013. En esta última obra recupero algunos trabajos anteriores que vieron la luz de forma dispersa en conferencias, revistas especializadas o actas de congresos. Entre ellos figura un ensayo titulado «Notas para una crítica de la Razón Comunicativa» que apareció en *Persona y Derecho*, revista de fundamentación de las instituciones jurídicas, volumen V, con fecha de 1978.

No deja de ser peculiar que un estudio dedicado a cuestiones filosóficas, relacionadas con la transversalidad teórica del ecosistema informativo se publicase en el ámbito jurídico. No termina aquí el peregrinaje de las ideas planteadas en torno al paradigma de la razón comunicativa. Su tercer viaje libresco navegará por singladuras aún más inesperadas en busca de aventuras.

El cambio de escenarios narrativos, de géneros literarios, de estilos, personajes y metamorfosis del pensamiento kantiano en juego adivinatorio hacia el lector, se ofrece en dos libros que son uno. *Trampantojo de autómatas y El facistol de Kant* combinan cuento, divertimento y cavilación juiciosa.

Con trama policiaca se relata la búsqueda de una ignota obra atribuida a Kant, titulada *Crítica de la Razón Comunicativa*, descubierta por PLB para intentar hacérsela llegar a su heterónimo literario, el Conde Kapaki.

La crónica, de ritmo vertiginoso, es una apasionante sucesión de peripecias, intrigas, acertijos, plagios, ironías y especulaciones que desembocan en el descubrimiento del manuscrito, vinculado en sus andanzas con otros tesoros legendarios. Tienen ambos libros un formato fragmentado, escenográfico, fronterizo entre la realidad y la ficción, que recuerda un hojaldre, por su trabazón de láminas novelescas y capas filosóficas superpuestas. El humor que combina con críticas que ilustran preguntas de nuestro conocimiento acerca del nuevo *homo mediaticus*, títere y cosmopolita digital del ecosistema hiperconectado cibernético.

Evidentes guiños mitológicos, quijotescos y borgianos, contrastan con las pesquisas detectivescas sobre las nuevas tecnologías, las redes sociales y la selva multimediática. Ambos libros se publicaron en noviembre de 2019.

El texto atribuido a Immanuel Kant ocupa la parte sustancial del segundo libro y posee, desde su origen, entidad y cuajo suficiente para desear volar de modo autónomo.

Se ha repetido por muchos autores que los libros, una vez terminados de escribir y ser publicados, cobran vida propia y echan a andar por los caminos del mundo. Comparto por completo este pensamiento y en consecuencia reconozco que el ignoto manuscrito tiene derecho a su emancipación.

Transformándome en prestigiador, voy a sacar de la chistera donde guardo mis escritos, como si mostrase pañuelos de colores, las ya mozuelas “Notas para una crítica de la Razón Comunicativa”, recuperadas y acrecentadas en *El Facistol de Kant*, liberándolas de su captura por piratas, embaucadores, sofistas y malandrines y mostrándolas tal como son, en su figura indagadora, insatisfecha, preocupada por la ética y el existir del hombre, por la crisis del idealismo y del conocer metódico y crítico.

En anteriores libros como *El polipasto noticioso*, 1998; *Retorno azul de reportajes vivos*, 2014; *Gavilla de escritos*, 2003; *El misterioso cartapacio del Dragón Chino*, 2014 y *Oro y ceniza. Crónicas de un peregrino en el tiempo*, 2015, convivían ya relatos históricos, costumbristas, ficticios y metaliterarios con narraciones hilvanadas de meditaciones filosóficas, lingüísticas y comunicativas, pero en el caso de los libros que estoy citando *El trampantojo de autómatas* y *El facistol de Kant*, la relevancia del manuscrito kantiano ejerce un protagonismo conceptual y metodológico que invita a poder separarlo como criatura libresca independiente.

El problema del conocimiento es objeto interrogante que no puede diferenciarse de cuestiones esenciales acerca de la universalidad y la necesidad de encontrar y exponer el ensamblaje entre la realidad, la intuición, la lógica formal, la veracidad y la comunicación.

Esta preocupación lleva a Kant a formular las diferencias entre juicios analíticos y juicios sintéticos. Los primeros son todos verdaderos y poseen en sí mismos la prueba de su naturaleza ontológica, mientras los segundos requieren fundamentarse en la percepción sensible. Estas exigencias de distinguir conocer y conocimiento son igualmente claves en el quehacer periodístico. Si no planteamos qué valoramos y entendemos por noticia ¿cómo realizamos la selección práctica de lo noticioso en la turbamulta presencial de sucesos en el caldero informativo?

Intuición y percepción son actitudes profesionales evidentes que resultan inviábiles sin un criterio previo de evaluación. Del mismo modo el informador no debe caer en el error opuesto, atribuir a su personal juicio el carácter noticioso de unos hechos o sucesos que no detentan en sí mismos esos rasgos constituyentes necesarios para poseer el interés, la actualidad, la novedad y el mensaje exigibles al estatus informativo.

El texto encontrado tras inauditas y divertidas aventuras responde conscientemente al enfrentamiento de dos modos o caminos de pensamiento, la reflexión científica disciplinar y la invención fantástica.

La verdad, la objetividad, la sistematización preocupa a los filósofos desde el origen de tales interrogantes. La certeza y el conocimiento asoman en las inquietudes de Descartes, Locke, Leibniz y Hume, pero lo mismo debemos señalar al situarnos en el método y el oficio periodístico que el prodigioso impacto de las nuevas tecnologías ha erigido en guías y constructores del entorno vital del *homo mediaticus*.

El conocimiento exigible al periodista tiene sus características peculiares, pero teniendo presente la arrolladora influencia y expansión de todo el enjambre multimediático actual, que rompe las fronteras profesionales en un caos indomable. Este interés por el conocer y el contar está adquiriendo una importancia intelectual, social y humana que premonitoriamente calificué ya en 2006 de *tsunami* informativo.

La antinomia que enfrenta al suceso hecho noticia, con la idea noticiosa acerca de ese suceso, desvela el método dialéctico que dinamiza el proceso informativo. La clave parece residir en el movimiento intelectual propio del periodismo de llegar a ser o devenir información y no invención subjetiva.

Si desde que hay filosofía topamos con la meditación acerca de la objetividad, lo mismo podemos afirmar sobre el periodismo. La información es objetiva cuando describe la realidad de los acontecimientos. Un enfoque nítidamente racionalista. El contraste es igualmente conocido, no contamos lo que ocurre sino nuestra sensación personal. Un enfoque digno del empirismo.

Atrás quedan en nuestra época cibernética meditaciones del idealismo trascendental. Toda una revolución copernicana, metáfora del gusto kantiano, asoma con luz cegadora en el horizonte informativo universal e hipercomunicado que empieza a asentarse en el mundo global.

En su aparición aventurera, el original atribuido al filósofo de Königsberg es un manuscrito, naturaleza adecuada tanto a su disfraz teatral como a la característica de unas páginas elaboradas para entregarse seguidamente a la imprenta, en aquel tiempo ilustrado. Recuperarlo para su incorporación en nuevo y distinto hábitat como es el presente libro, revestido con la toga de la investigación académica entre otros doctos colegas universitarios, conlleva importantes modificaciones, no de su contenido, que ya nació teórico, sino en la ruptura con el paisaje imaginario de las narraciones de aventuras.

Confieso haber llevado a cabo una especie de operación quirúrgica con el fin de cortar sus amarras de bergantín avezado al oleaje de mares fabulosos y disponerlo a singladuras no menos arriesgadas como buque cibernauta explora-

dor del ámbito artificial creado por medios informativos que conocemos como ciberespacio.

Las jugarretas lingüísticas advierten que este vocablo rompedor deriva del griego y quiere decir simplemente que estamos hablando del arte de navegar una nave.

Informar, comunicar, analizar, sintetizar, digitalizar, meditar, navegar es suma de tareas helénicas y marineras. El arte cibernético crea una realidad virtual, regulada mediante computadoras.

Avanzando en nuestras pesquisas semióticas, como hace ya 46 cosechas ejecutamos con el vocablo ecosistema, señalamos que según el Diccionario de la Lengua Española, cibernética es la «ciencia que estudia las analogías entre los sistemas de control y comunicación de los seres vivos y los de las máquinas.»

Seguramente hasta el concienzudo Immanuel Kant aceptaría que las definiciones oficiales de ecosistema y cibernética evidencian su concordancia. En el primer caso, los seres vivos se relacionan en función de factores medioambientales, en el segundo aparecen ya las máquinas.

La archipielágica sociedad de la información y el proceso tan imparables como descontrolado de su impacto global, han transformado a las personas, al escenario natural, al hábitat urbano, al entramado institucional, al discurso cultural, a la capacidad y poderío tecnológico, a la estabilidad mundial, al cabalgar de una historia que reclama ser embridada.

El texto aquí reproducido ofrece en ocasiones cierta confusión en sus referencias temporales y concordancias gramaticales e incluso licencias sintácticas, probablemente imputables a la traducción del manuscrito original escrito en alemán.

Contemplando con incertidumbre esta revolución copernicana –volvemos a Kant– el ecosistema informativo se vislumbra en el horizonte como ecosistema cibernético. Advierto al lector que sea cauto y precavido si continúa navegando por las aguas tersas e irisadas de las páginas del ignoto manuscrito *Crítica de la Razón Comunicativa*.

*Murieta, otoño 2020*